

LA ELENITA

Por JORGE FERRER-VIDAL TURULL

TODOS los días llegaba gente nueva a la playa. Comenzaba el verano. El sol se derrumbaba a todas horas sobre las dunas de arena y la brisa venía cálida y feliz. El cielo parecía un reflejo del mismísimo mar, y el mar se ponía orondo y saludable, pacífico y manso, y resultaba hermoso verlo allá, esperando la llegada de gente nueva todos los días.

La gente nueva, la de todos los veranos, llegaba con una regularidad asombrosa, como si se hubiese puesto de acuerdo en salir de las ciudades, en dejar los negocios, en meterse en el coche y en dirigirse a la bendita playa, la playa que Tinín amaba intensamente y en la que reconocía la belleza absoluta en la estada, con su sol deslumbrante, con su mar en calma, con sus cielos azules y sus nubes blancas, o sus nubes quizá rosáceas o quizá anaranjadas, con sus toldos y sus tiendas de colorines que plantaban sobre la arena los hombres de la ciudad, y que rutilaban, reverberaban, se estremecían al sol, o al contacto, tal vez de la brisa ligera y cálida.

Desde la terraza de «El Delfín Dorado» Tinín contemplaba la playa a pleno sol, protegiéndose los ojos con su bandeja de latón, vestido con su chaqueta blanca, mal planchada, y su lacito negro en el cuello. Eran las doce, y la arena comenzaba a poblarse con la gente de todos los años, con los toldos y las tiendas de todos los años, con los hombres, con las muje-

res y los niños de siempre, que iban de veraneo al pueblo o a los pueblos vecinos, o aun a la misma capital, porque había quien iba a bañarse desde la misma capital. Y sonrió. Tinín sonrió. Suspiró hondo, satisfecho, y llegó a la conclusión de que el veraneo se presentaba bien. Alzó la vista y vio en el cielo el mismo azul purísimo del mar; y en la espuma del mar el mismo blanco purísimo de las jóvenes nubes-cillas del cielo. Aquello era divertido. Tinín pensó que la vida entera era una pura broma. Meneó la cabeza y volvió a fijar los ojos en la playa. Hacía calor. Los bañistas llegaban al Paseo del Mar, aparcaban sus coches en el último asfalto de la vía pública, descendían los peldaños de la escalerilla que llevaba a la playa y alborotaban, gritaban, meneaban en el aire las toallas, los trajes de baño, las lonas de las tiendas. Después comenzaban a caminar descalzos sobre la arena ardiente, dando saltitos grotescos y graciosos, plantaban las tiendas y, entonces, las mujeres, las muchachas, las niñas, se metían en ellas sin dejar de reír o alborotar y salían pronto de nuevo, con sus trajes de baño puestos, ceñiditos y bien. Después se metían los hombres, y otro tanto.

Los bañistas eran los de siempre. Tinín, contemplando aún la playa, protegiéndose los ojos con la sombra de la bandeja abollada, los iba reconociendo, identificando uno a uno, observándoles fijamente y trayendo de-

pués a la imaginación su recuerdo del año anterior. Y comparaba.

El interventor de la empresa de Bilbao había llegado. Había llegado de los primeros, hacía ya unas horas, y seguía como siempre: delgado y alto, con el cabello quizá más canoso que el pasado año, con las piernas más velludas y, desde luego, más frágiles, con los muslins como fideos y los costillares y el espinazo a flor de piel, como si pasase hambre a perpetuidad, el señor interventor.

Había llegado la mujer de la finca «Los Alamos», gorda y plácida, ceñida este año en un estupendo, un delirante bañador a listas verdiblanco, reforzado por frunces, ballenas y corchetes, que le oprimía el cuerpo, que le formaba unas extrañas e indefinidas molas de carne y grasa donde concluía el bañador, o sea, alrededor de media espalda, debajo de los brazos, y también alrededor de los muslos.

Había llegado la viuda de Madrid, la que venía todos los veranos a la playa con la muchachita con aspecto de hombre; la misma muchachita que el pasado año había aparecido en la playa metida en un cascarón de yeso y que era transportada por el chófer y otro tío, desde el coche a la arena. Este año la chica estaba allí, caminando por su propio pie, pero con un aparato de ortopedia alrededor del pecho y de las paletillas, del que surgían unos hierros que parecían oprimirle el cuello y le obligaban a mantener el mentón hacia arriba y mal.

Estaba también la guapa despampanante que había visto durante años y años, la que fue un día adolescente rubia, y luego novia rubia y un año después casada y rubia y, a partir de entonces, siempre rubia y un año esperando un crío y otro no. Ahora estaba en la playa, vestida con un traje de baño inusitado, como imitando a piel de leopardo, con su marido, un tipo en «meyba», fuerte, atlético, rodeada por cuatro niños chiquitines y rubios.

Tinín sonrió. La vida consistía en estas cosas. Era bueno vivir. Suspiró hondo y pensó que, con los años, iba amando más y más al mundo, al sol, al mar, a los inviernos oscuros y hoscos, a los veranos radiantes, al calor, a su trabajo de camarero en «El Delfín Dorado» y a sus bañistas. Tinín escupió satisfecho sobre los baldosines de la terraza, y observó durante unos segundos el salivazo brillando al sol, disolviéndose, sin duda, la película salitrosa que el mar depositaba, un día y otro, sobre la superficie de las baldosas rojas. Después, levantó otra vez los ojos al cielo y observó el vuelo nervioso, inquieto, de una blanca, casi inmaculada gaviota. Bajó la vista a la playa y siguió contemplando a sus bañistas.

Ahora llegaba la familia del «Mercedes, 220». La vio entera en la playa (el padre, la madre —buena aún de



ver—, los siete hijos, la señorita, la criada, el mecánico, con la lona de la tienda arrallada—Bajo el brazo) y volvió la cabeza y, en efecto, en el último extremo del aparcamiento de coches estaba el «Mercedes, 220», negro y reluciente como un animal salvaje.

La mañana avanzaba cálida, exuberante, presidida por una limpidez inexplicable. Tinín pensó que ya pronto, sus viejos amigos, los bañistas, saldrían del mar, dejarían de tostarse en la arena o de jugar al fútbol o de leer al sol, se meterían de nuevo entre las lonas de las tiendas, se vestirían otra vez y comenzarían a subir las escaleras de la terraza de «El Delfín Dorado» para tomar el aperitivo, el «vermut», la caña de cerveza, la Coca-Cola, las aceitunas, los percebes, las patatas fritas. Subirían todos y cambiaría impresiones con todos, comentaría lo de siempre: que los niños estaban más crecidos, que tenían buen aspecto, que la temporada de baños se presentaba bien, que el día era en verdad espléndido y que los niños, en los exámenes, ¿qué tal?

Tinín se sentía casi feliz. Ahora volvía a observar la playa y veía la viuda de Madrid acercándose al mar con un cubo de plástico en la mano, metiéndose en el mar, llenando el cubo de agua, volviendo después, rápidamente, a donde estaba la chica del aparato ortopédico para verter el agua sobre sus piernas (sólo sobre sus piernas, para evitar que se oxidase el aparato). La muchacha se estremecía, reía, agitaba las rodillas y gritaba, siempre con el mentón hacia arriba, sentada sobre la playa, pero con el mentón hacia arriba.

Un poco más allá, estaba su vieja amiga, la rubia que él había conocido adolescente, novia, casada y madre, con su maravilloso traje de baño, haciendo castillitos con la arena, rodeada de críos rubios, enterrando las piernas del marido con la arena que extraña con las manos para la obra.

En el mar, la mujer de la finca «Los



GRAN PREMIO "TRIUNFO" DE NARRA

UNA
NOTA
DE
Alegría



Alamos flotaba como una boya, y los niños de la familia del «Mercedes 220» chapoteaban bajo las miradas vigilantes del mecánico, la señorita y la criada.

La gente se divertía, disfrutaba del mundo y de la vida, y Tinín gozaba con ellos y los amaba, porque sabían ser felices y ofrecer el impresionante espectáculo de su vitalidad y de su amor al mundo, a la belleza impresionante del mundo, del sol, del mar en calma, del cielo, de las nubes, de las dunas doradas de la arena, de la brisa cálida del verano, porque sabían amar el infinito amor que había en el mundo, esparcido, sembrado, por todos los ámbitos y rincones del mundo.

Tinín observaba ahora cómo el interventor de la empresa de Bilbao hacía flexiones de piernas a la orilla misma del mar, cómica, ridículamente, estirando los brazos como si fueran dos alambres, doblando las rodillas, sosteniéndose sobre las puntas de los pies. Aquello sí que era de carcajada. Tinín rió. Rió con risa abierta, franca, con una risa que se remontó extrañamente por el aire, que se revolvió por encima de la terraza de «El Delfín Dorado» y luego se perdió. La vida es algo divertido e inexplicable: la gente iba y venía, vivía los inviernos en la ciudad y lo pasaba bien, y lo pasaba mal, y los hombres trabajaban y sufrían, y las mujeres iban de compras, y se casaban y se quedaban viudas y tenían hijos, y los niños jugaban en los parques públicos y aprendían la regla de tres y, en verano, al llegar el verano, vengía, a huir de la ciudad, como si en la ciudad hubiese desamor y tristeza, y a marchar a la playa y al monte y al campo, o a hacer un crucero por el mar.

Por un momento, Tinín temió la hora de la llegada de los bañistas a la terraza de «El Delfín Dorado», temió, especialmente, la llegada de la mujer rubia, del traje de piel de leopardo, la llegada de la familia del «Mercedes, 220» o de la mujer gorda o del in-

terventor, es decir, la llegada de todos aquellos que le trataban desde hacía años, de los que iban a contestar a sus preguntas con otras preguntas, porque conocían a la Elenita. Los días anteriores, había sucedido lo mismo con otros. Pero hoy, sin embargo, eran demasiados los que habían llegado al tiempo, por primera vez en el verano. Tinín suspiró. De pronto, notó a su lado la presencia del Juan, el otro camarero, notó su olor inconfundible a sudor recogido, y volvió la cara hacia él. El Juan sonreía, meneaba la cabeza lentamente, de un lado para otro. Dijo:

—Vas a coger una insolación, hombre. Hace media hora que estás ahí. Anda, déjate ya de pensar en ella y sírvele a aquel tipo un «cinzano». La Elenita murió hace ya tres meses.

Señaló la mesa recién ocupada por un bañista.

Tinín dejó de protegerse los ojos con la bandeja, pasó la mirada por la playa y sonrió. El mar, el sol, la arena, el cielo, las nubes, las gaviotas, los bañistas amigos, eran hermosos. La vida era hermosa. El mundo rebotaba amor y, en todos los ámbitos, en todos los rincones de la tierra, había amor. Pensó en la Elenita, y la imaginó como la había visto la primera vez: en traje de baño, en aquella playa, metida, sí, en un traje de baño ridículo, sin escote y con falda hasta la rodilla, un bañador propio de una sufragista, pero honesto como ella lo había sido siempre. Dios, la vida era incomprensible.

Meneó la cabeza y se volvió hacia el Juan. Preguntó:

—¿Un «cinzano»?

—Eso es, un «cinzano». Y déjate de pensar. Ella murió hace ya tres meses.

—Sí, ya tres meses.

Tinín bajó la cabeza, y el reflejo del sol, dando en la superficie de la bandeja abollada, le deslumbró. Cerró los ojos y suspiró hondo, profundamente...

(Ilustraciones de ESTRADA)



Un juego de toallas
TROVADOR ayuda a "hacer ambiente" y hay muchos juegos en todos los colores de gran moda, lisos o de fantasía.

TOALLAS

trovador

PRACTICAS
BONITAS
ELEGANTES

INDUSTRIAS MARTI TORMO, S. A.

